



POSTAL
GERUNDENSE

TURISMO Y FOLKLORE

Por JORGE DALMAU



Tiene la doctora sutileza de José M.^a Pemán una definición muy suya del folklore. Dice que un señor se toma dos copas y dice algo en broma, viene otro señor y se lo toma en serio; el primero es el pueblo y el segundo el folklore.

Así surgiría, y de hecho surge, tanto tomarse «en serio» esa variedad de cosas que en nombre del folklore tocamos, fabricamos y vendemos fronteras adentro en honor de aquellos que nos visitan haciendo turismo. Nos empeñamos en que el turista se acerca a nuestras ciudades y villas para ver «folklore» cuando muchas veces viene a ver «pueblo», es decir naturalidad y autenticidad.

Al decir turista podríamos caer en confusión, por la extensión de la palabra: se impone matizar. Vamos a hacer dos grandes grupos sin excluir la posibilidad de otros muchos más que de momento no interesan. Un grupo lo forman quienes hablando más o menos nuestro vernáculo aventuran un domingo cualquiera familias enteras, críos y abuelas incluidos, y llegan a nuestras playas, con parada al regreso en nuestra Dehesa sobre las ocho de la tarde. Miradlos tostados por un sol que no calienta tanto en su barriada de residencia y los distinguiréis por el clásico mal humor de quien vuelve a casa después de no muchas comodidades de viaje. En el segundo grupo van, en coches de pocas plazas y muchas maletas, gentes que hablan en voz baja y en una cualquiera de nuestras esquinas pueden preguntar «¿a Tossá de Mer», y tras la ventana asoman cabezas rubias, sajonas, amables y curiosas sobre todo. También van en este grupo segundo aque-

llos ómnibus de] un jueves por la tarde con extranjeros veraneantes en nuestro mar que se acercan unas horas a la capital de la provincia para seguir al guía de nuestros monumentos.

Los «turistas» del primer grupo tienen un distintivo: las escaleras innumerables que hay en Gerona les cansan, incluso las del puente de San Agustín, y lo manifiestan en voz alta y a veces en gesto bajo; además se guasean de mala manera con nuestro río Onyar que en verano no suele estar muy decoroso.

Los turistas del segundo grupo —ahora ya sin las irónicas comillas— vienen generalmente con respeto a subir la escalinata de la Catedral, y en cuanto al río bien saben ellos que los Ayuntamientos tienen sus problemas, porque los visitantes no todos proceden de la Quinta Avenida ni del centro de París. En una palabra, saben ver y callar.

En este saber callar radica el peligro del turista propiamente dicho, que es a nuestro entender el clasificado en este segundo grupo ya que al del primero no le afectaría lo que podría decir esta «Postal».

Hay en el saber callar el peligro de que convirtamos al turista en una especie de niño. Los niños a la hora de las decisiones, de los momentos importantes, han de callar, no mandan. Algo así ocurre con esa fiebre en dar exclusivamente folklore al turista que se acerca a mirar y ver. Al turista se le trata engañándole con la baratija de un folklore muchas veces mal trasplantado de región a región, con el colorido de unas forzadas castañuelas y toreros que vamos

convirtiéndose en imán nacional para la atracción de forasteros. Esto es faltar a las buenas relaciones humanas que aconsejan enseñar al que no sabe; mal le enseñaremos cómo somos si nuestros tenderetes de «souvenirs» pregonan que todos somos iguales, cuando precisamente somos muy diferentes. Por patriotismo, habría que velar por la variedad dentro la unidad de las gentes españolas. ¿A qué vienen esos recuerdos de España tan inapropiados para nuestras comarcas? ¿No será que quisiéramos que los turistas los pidiesen porque resulta más fácil proveerlos de eso que de otros objetos más valiosos?

Se les trata como a niños y esto no es justo. El turismo va a desdibujarnos nuestro «pueblo». Porque vino el señor comercio de mal folklore y se tomó en serio lo que el pueblo había dicho y hecho. Y el mal folklore se empeña en convertir el turismo en un gran escenario donde la personalidad auténtica y sincera de nuestras comarcas está siendo negada cuando no prostituida. Falta aplomo para recibir la riada turística, no hay equilibrio. Inclínarse poco ante el visitante sería falta de respeto, y cerrarse al turismo, para muchas naciones sería negarse al progreso, pero inclinarse demasiado sería servilismo suicida. Es de hidalgo dar al que entra en casa, pero sin renunciar a lo más personal, al alma.

Hay un tope en hacerse dueño de las cosas. De quien inconsciente o conscientemente va adueñándose de las cosas decimos que es un mal criado y mandón. Permitiríamos en cambio que

el turista, por unas divisas que pueden hacernos mala digestión, vaya agarrotando nuestra íntima personalidad. El visitante, ya de sí, tiene como un complejo de ser dueño del paisaje, a lo cual tiene cierto derecho que no vamos a negarle, pero lo que no puede hacer es adueñarse del terreno y menos de los hombres. A menos que esos hombres, esos pueblos y esas comarcas renuncien a sí mismos. Y esto sería ya demasiado grave, sería ir muy en contra de la dignidad.

Todos somos padres de nuestro época. Se ha dicho que «el hombre es su circunstancia». Nuestra circunstancia se llama verano, provincia turística, espíritu comercial. Si de ahí ha de derivarse nuestro hombre, que lo sea con todo el «seny» de nuestra tierra. A quien quiera entrar y honrarnos con su visita tendríamos que darle la lección de nuestra dignidad nacional, comprada por él a precio de buena divisa; como recuerdo de España sería mucho mejor que ese muñequito de trapo que colgado en la ventana trasera del coche le va haciendo sustituto de compañía.

Hace pensar, si se mira el turismo como invasión. Todas dejaron aquí algo de sus pasos. La de los moros, el cultivo del arroz, la de los fenicios, la salazón de pescados, si no miente la historia. ¿Qué traerá la invasión de los turistas? No sería del agrado de nadie que otro día tuviera que decirse que nuestra circunstancia, nuestra época, nosotros, al fin, vendimos nuestro «Pueblo» al turismo por un plato de mal folklore.

INFORMACIÓN MUSICAL DE OLOT

El «American Festival Ballet»

De verdadero acontecimiento artístico musical, cabe calificar la actuación en la ciudad de Olot del magno conjunto mundialmente famoso, el AMERICAN FESTIVAL BALLET, que alcanzó en ella un éxito clamoroso. La presentación del mismo fue debida a la activísima «Asociación de Música» local, ofreciendo su XXVI Concierto a base de dicha agrupación artística, que cautivó a toda la afición. Por cierto que el Teatro Principal olotense registró, en esta ocasión, el lleno más portentoso de estos últimos años, ofreciendo el aspecto de sus mejores galas.

El conjunto actuante, bajo la experta dirección artística de Renzo Ratts, del «Ballet Master» William Ross y del coreógrafo Walter Gore, ofreció un programa selectísimo: «El Lago de los Cisnes», de Tchaikowsky, «Grand Pas de Deux» (Don Quijote) de Minkus, «Bachianas Brasileiras», de Héctor Villalobos, «Contretemps» de Faure y «Box-Lunch Picnic», de Foster. Todas las interpretaciones rayaron a lo sublime y demostraron las excepcionales cualidades de este formidable conjunto artístico que consiguió uno de los más rotundos éxitos alcanzados en Olot y que suscitó entusiastas ovaciones y una general admiración.

La Banda Municipal de Barcelona

También y con éxito apoteósico, gracias a los desvelos de la primera entidad cultural-artística olotense, la «Asociación de Música», se ha ofrecido a los melómanos otro concierto de trascendencia singularísima: el que ha dado la BANDA MUNICIPAL DE BARCELONA que dirige el Maestro J. Pich Santasusana. Los 88 profesores que bajo la batuta del Maestro han actuado asimismo en el Teatro Principal de Olot, han acreditado, una vez más, el alto prestigio de que goza este conjunto orgullo de la ciudad condal. El programa, con obras de Ponchielli, Morera, Ravel, Albéniz, Granados, Falla, Brahms, Bizet y Wagner, fue del mayor agrado del selecto auditorio, cosechando las interpretaciones estruendosas ovaciones,

Con este Concierto, cerró su temporada actual la «Asociación de Música», dejando, como siempre, la impronta de su ejemplarísima e incomparable laboriosidad y su estela de unánimes y grandes aciertos.